

051. Con los papás ancianos

Hace ya bastantes años que oí contar un caso doloroso. A mí, al menos, me causó honda impresión. Aunque el resultado fue que me convencí mucho más de que la mayor alegría que existe en el hogar es el amor entre los padres y los hijos. Si este amor no se rompe, la felicidad familiar no se acaba nunca.

Pues, bien. Se trataba de un muchacho ya mayor que vivía en una finquita del campo. Se había casado, se le echaron encima las obligaciones del hogar, y creyó que el padre, ya anciano, estaría mejor cuidado en un asilo. Sin más, en una mañana de domingo, toma a su buen padre, y caminando, caminando, ya se acercaban a la ciudad. Para descansar un poco, se detienen ante una banca de piedra a la sombra de un árbol, y el padre comienza a soltar unas lágrimas amargas.

- *¿Por qué lloras, padre? Te llevo al asilo por tu bien. Estarás allí mejor cuidado.*

El anciano suspira más hondo aún. Y al fin, dice toda la verdad:

- *Hijo mío, ¿sabes por qué lloro? Tú no lo sabes. Pero te lo he decir ahora. Hace muchos años que yo hice lo mismo. Tomé a mi padre —a tu abuelo, a quien tú no conociste—, y lo llevé también al asilo. Y aquí, en esta misma banca, nos detuvimos a descansar. No me puedo quejar, si tú haces ahora conmigo lo mismo que yo hice con mi padre. Dios es muy bueno, pero sabe dar lecciones...*

Les repito, la narración de este caso doloroso me hizo a mí mucho bien. Se podrán presentar dificultades en el hogar, pero como haya amor, mucho amor entre todos sus miembros, se vencen con facilidad todos esos obstáculos que presentan las condiciones de la vida moderna.

Y entonces, como es natural, se disfruta también de esa felicidad que sólo la familia sabe darnos a todos en cualquier época de la vida. El niño disfruta como niño. El joven disfruta como joven. Los padres disfrutan como padres. Y los abuelos disfrutan como abuelos.

Porque todos tenemos corazón, y el corazón tiene sus leyes y sus exigencias. A nadie se le pueden arrancar impunemente los derechos que le otorgan los años concretos de su vida. Dios se ha lucido en todas sus obras, ciertamente. Pero, si en alguna se ha lucido de manera especial, es en la constitución de la familia. No existe felicidad mayor que la disfrutada en el seno de una familia bien constituida.

Si hoy las condiciones sociales imponen normas de vida familiar inevitables, habremos de aceptar muchas veces situaciones que no nos gustan nada. Pero nunca será por egoísmo, nunca por echarnos de encima deberes muy sagrados con quienes nos dieron la vida. Los padres se mataron un día por nosotros, para que no nos faltara nada. ¿Qué les toca hacer ahora a los hijos?...

Ya ancianos los padres, se les echa encima la pobreza personal, porque les pasó la capacidad para el trabajo. Les aqueja la enfermedad, pues aquella robustez de los años jóvenes ha huido para siempre. Llega tal vez la inmovilidad. ¿Qué va a ser de ellos?... La solución que presentan los países ricos es la del asilo o la residencia. No les faltará nada en el orden material, es cierto. Pero la geriatría y los cuidados de la enfermera no les traerán nunca el cariño de los hijos y nietos del que están necesitados en absoluto. En este sentido, los países ricos se muestran muy pobres en espíritu y en amor. No siempre es la necesidad la que obliga a los hijos a un alejamiento de los padres

ancianos, sino la comodidad de la que no saben prescindir, pues la vacación y las salidas de fin de semana han llegado a ser la primera de las exigencias sociales...

Nuestros países pobres, por el contrario, se muestran mucho más ricos en amor y en espíritu. Los ancianos son queridos, y a muy pocos se les ocurre encomendarlos para sus cuidados a instituciones ajenas.

Como le sucedió a aquel buen hombre, impedido por un accidente, y cuya esposa rondaba también la ancianidad. El único hijo estaba para casarse. Unos amigos que no tendrían que llamarse tales, sino “amigotes” a lo más, le aconsejan cínicamente:

- *¿Y te vas a quedar en tu casa? Allá tú y tu mujer si sois tan tontos.*

Al padre, harto cargado con el dolor del accidente, le llegan rumores de estos consejos malintencionados, y le pregunta con algo de angustia al hijo:

- *Y cuando te cases, ¿qué? ¿A dónde te vas a ir a vivir?*

El muchacho, educado muy cristianamente, supo responder, acorde también con su excelente novia:

- *¿Qué dónde voy a vivir? Pues, en mi casa. Y mi casa es ésta, mientras usted no me despida.*

El padre respiró hondo, y le dio al hijo su bendición más grande:

- *¡Que Dios esté siempre contigo, hijo mío!*

Los siete niños primorosos que después vinieron al hogar colmaron de felicidad a padres y abuelos.

Que nadie nos robe esta riqueza espiritual de nuestras tierras. Para bienestar de todos, ¡ojalá nos llegue pronto la prosperidad del Primer Mundo! Pero que no nos vengan esas costumbres deshumanizantes, las cuales no hacen sino destrozar los corazones.

Cuando las circunstancias inevitables y dolorosas obligan a la separación de los padres ya ancianos, nos sabemos ingeniar para que no les falten las demostraciones del cariño sincero, como son las visitas frecuentes, las llamadas telefónicas, los regalitos que les recuerdan y les llevan de continuo nuestro amor.

De memoria sabemos, por tantas expresiones de la Biblia, que el amor a los padres necesitamos —y la ayuda la necesitan todos los padres cuando han llegado a la ancianidad— es fuente de las mayores bendiciones de Dios. Porque Dios ve honrada su misma paternidad en la veneración de aquellos a quienes nos dio por padres. Lo que hacemos por nuestros padres, lo hacemos por el Padre que está en los cielos, que siempre resulta el mejor pagador...